

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 11 DE FEBRERO DE 1923

NÚM. 19.978

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE.—EL VESUBIO



UANDO el viajero sube al tren de la línea circunvesubiana para visitar el cráter del volcán, Italia toma, a sus ojos, un aspecto diverso. La tierra plácida y riente adquiere una capaci-

dad de tragedia. Ya no es el solar de una riquísima tradición artística, sino una monstruosa vitalidad dormida, que puede arrasar las ciudades construidas temerariamente sobre ella. Nosotros, habitantes de países donde la Naturaleza no traspasa las proporciones normales de su fuerza, carecemos de preparación para las formas intensas de la dinámica natural. Así nos acercamos al Vesubio con un reflejo del alma infantil de aquellos primeros navegantes que contemplaron desde el mar la fulguración de los volcanes de la costa itálica y los adoraron con aquella ambigua mezcla de terror y admiración que creó a los dioses. Esta alma de niños sentimos hoy en nosotros, mientras nos aproximamos al ciclope. Desconocidos manantiales de vida espiritual se nos descubren; por vías nuevas llegamos a desentrañar el sentido de lo sublime y de lo divino como vibración estética en la cual se funden el placer y el dolor a la manera del amor y la muerte. Las páginas frías que en los tratados retóricos nos hablaron del germen de la sublimidad, se iluminan ahora con insólita luz. Nuestra doble inferioridad de hombres, ante esa transfiguración de la Naturaleza, nos sacude con el doble espasmo de la maravilla y el miedo. Las puras impresiones de belleza son uniones amorosas entre el contemplador y lo contemplado. Pero cuando entre uno y otro media un desequilibrio de fuerza o de grandeza que hace imposible aquel connubio, entonces no queda para el hombre otra posibilidad de percepción que la conciencia agredida de su peligro, con el escalofrío de la admiración hacia el poder que lo produce.

Pero aun así, le queda al contemplador otra grandeza que oponer a la grandeza cruel y bellísima: puede exaltarla con su misma admiración y divinizarla con su miedo. Si el volcán fué un semidiós, no se de-

bió a su propio ser, sino a la fantasía del que lo contempló con ojos de artista; y le impuso un nombre divino, capaz de personalizarlo para muchos siglos. Sobre la llama viviente de su cráter derramó una unción de crisma, a la manera de aquel fraile español que bautizó el Momotombo y fué devorado por él, como cantaron Víctor Hugo y Rubén Darío.

Quando el Hombre no alcanza aquella posibilidad de maridaje con la Na-

turaleza, intenta recostarse en ella como en un regazo materno, con un secreto recelo de voracidades saturnianas. ¿Acaso la Tierra, como el Tiempo, y como ciertas hembras carnívoras, no acaba por devorar a todos sus hijos, reten-
nándolos a su vientre? Así nos encaminamos hoy a la vertiente ardorosa del Vesubio, con un rastro de las originarias adoraciones pánicas; la curva de la montaña palpitante se nos transfigura como la panza de una pantera dio-

nisiaca; y vamos a trepar por ella como cachorros ciegos todavía, buscando con el instinto rudimentario las ubres entre las garras...



El camino es de una hermosura indescriptible. Bajamos del tren en Resina-Pugliano, ciudad construida sobre las ruinas de Herculano. Allí tomamos la vía férrea de la compañía Cook. Atravesamos campos exuberantes henchidos

de vitalidad. Diríase que otra fuerza eruptiva compensa, con torrentes de savia, el terrible manantial de destrucción, latente en aquellas entrañas. Bosques magníficos se tienden sobre los collados. Los troncos ubérrimos de los castaños se ocultan bajo el verde abrazo de las plantas trepadoras, que fingen serpientes paradisíacas, o follajes de laurel en torno a columnatas de templo. Las viñas tiemblan bajo el viento suave, con un ondular infinito de pámpanos, augurando las vendimias próximas, mientras los racimos sorben su néctar en las venas ocultas de aquella tierra abrasada y estremecida. Los pinos se yerguen con su inconfundible silueta napolitana, que parece el signo heráldico de la ciudad, extendiendo a modo de parasol su copa. Alegres cortijos aparecen entre la arboleda, gallardamente encaramados sobre la espalda del monstruo; desde ellos nos saludan, al paso, niños vociferantes, entre el grupo del ganado doméstico. Alguna casa muestra en sus muros un resto de antigua belleza monumental. En alguna lejanía divisamos formas de palacio, balaustres de villa patricia, mármoles de estatuaría en jardines principescos.—Toda esa comarca, pobladísima y feraz, es un grito de victoria humana. Sobre pueblos destruidos y quemados han nacido otros pueblos, enormes y jubilosos, como púgiles en el estadio, y cuyos nombres nos traen el recuerdo de su fama de luchadores: Torre del Greco, Torre Annunziata, Boscoreale, asociados al terror de las erupciones.

A nuestra vista se extienden cauces de antiguos torrentes de lava, que atraviesan la región como estelas de diluvio inmemorial. Esa torrentera de enormes bloques de lodo juntó un día, en sinistra paradoja, la noción del agua y la del fuego.

Por fin hemos llegado al



DON QUIJOTE.—Dibujo original de Goya

sitio en que acaban las posibilidades de vegetación. Es la estación de Ereño, el Yermo. Cerca de ella se encuentran el Observatorio y el Hotel. Hemos hecho en un tren de cremallera el último trayecto; vamos ahora a subir en funicular hasta la cima. El aspecto de la montaña, en lo que nos resta por subir, es absolutamente diverso de la parte inferior. Entramos pronto en la región de los lapilli y de las cenizas. Ni una nota de verdor altera esta uniformidad sombría. La vertiente es muy rígida; la línea del funicular parece una caricia sobre el espinazo domado de la Quimera, que arroja llamas por su boca. Mirando hacia arriba, las nubes de humo se ciernen ya sobre nosotros y desprenden penachos que se arrastran sobre el derrumbadero, envolviéndonos con su acre sahumerio azufroso.

Ya estamos en la estación final, y emprendemos a pie el camino del cráter. Van a acompañarnos unos guías, rudos gañanes con zapatones recios y cayados de pastor. Seguimos la ruta opuesta a la dirección de la humareda, para evitar su hálito sofocante. El panorama del golfo se nos muestra en toda su gloria. Nápoles, a la derecha, se funde en la luz del cielo y en la reverberación del mar. Las islas azulean blandamente, como avanzadas de la costa sorrentina; el golfo de Salerno diseña su curva hacia el Siroco, perdiéndose en la niebla. Y la eterna columna de humo, sobre nosotros, parece salir de una antorcha gigantesca tendida como faro a las naves desconocidas.

Sentimos en la frente el frescor de las alturas, el viento húmedo y confortante que ha besado las nubes. Pero nuestros pies, avanzando trabajosamente en la ceniza arenosa, sienten el ardor de las entrañas candentes del volcán. Me inclino para tocar la tierra, hundo en ella mis dedos escarbando, y un humo sutil brota por la pequeña herida del suelo. Piedras calcinadas, flores de azufre, solidificaciones bituminosas, carbones cristalinos, forman este suelo movable. Palpando la tierra, parece revelarse, a través de mi tacto, la insondable resonancia de sus ociedades, donde se forja el sacrificio de las futuras hecatombes. Apoyamos el pie vacilante sobre un terreno sacudido por el estremecimiento periódico de una ira que desconocemos. Y nadie puede prever si ahora mismo se despertará para lanzarnos como sacrilegos profanadores de su divina soledad.

De pronto, el cráter se nos muestra como inmenso anfiteatro. Un rugido intermitente y atronador sale de sus honduras. Esa estridencia, mezcla de trueno y alentar de forja, latido de monstruo encadenado y retemblo de lucha subterránea, nos penetra como una voz sobrehumana; nos atrae como el llamamiento a un diálogo supremo que no podemos entablar... Y esta penetrante angustia, mixta de un placer que no sabríamos estilizar, nos sacude como un vendaval creador. ¿Qué Sigfrido podría entender el idioma de estas modulaciones? Esta cima en fuego es un oasis, en el cual la Tierra continúa su plasmación, modelando el fango ardiente de su materia sideral.

El cráter es, según la imagen de su nombre, una gran copa, humeante y turbia, henchida de un contenido pastoso, sobre cuya superficie se yerguen como viboras columnas de humo, subiendo de los cuajarones amarillentos y las charcas azulinas. En el centro, surge una forma cónica, cubierta de grandes boquetes a modo de colosal avispero. Uno de ellos lanza una columna de humo, silenciosa y pausada. Otro despide humaredas llameantes de espesor desigual, entre rugidos de fragua, violentas ex-

halaciones sin ritmo. Nunca la imagen del Cerbero ha podido tener más exacta realidad. Una brecha se abre ante nosotros, como el paso a los dominios de Plutón. Las vertientes interiores del cráter descienden, con una sugestión inevitable de los círculos dantescos; y el ruido atronador asciende como el coro infernal, entre el soplo del huracán subterráneo. El humo sale espesísimo y rojo, con tonalidades áureas; cuando lo recibe en sus alas el viento de la cima, se desborda como una greña cerúlea; se torna nube pacífica bajo el beso del sol y vuela hacia las aguas, el llano y los pueblos convertido en salutación, lauro para las sienes de la divina ciudad...

A nuestra izquierda, mirando al cráter, el monte Somma forma la estribación gemela del Vesubio; entre ellos está el valle del *Atrio del Cavallo*. Dícenme que el Somma es el antiguo cráter, el que asoló a Pompeya. La cumbre actual del Vesubio es más baja que la de hace unos años, porque ésta fué devo-

rada por el propio volcán, en su última erupción. Toda la cúspide es un cono de cenizas formado sobre la verdadera cresta del monte y vomitado por él. En las erupciones, los torrentes de lava no brotan del cráter, sino de las hendiduras que se forman en las laderas, perforando la petrificación de las cenizas.

Como una lengua de fuego cuya virtud no podemos penetrar, el volcán nos ha ungido. Con alma primitiva hemos adorado su potencia, para hacernos propicia su divinidad negativa, nocturna y avarnal. Hemos contemplado su ojo de fuego con toda fe en su mitogonía. Y nos ha parecido que las ciudades víctimas del volcán, allá abajo, al salir de su sepultura milenaria en estas entrañas de fuego, habían sido otra erupción, una erupción humana, para que el clasicismo lograse aquí su doble transfiguración, en la Naturaleza y en los hombres.

Gabriel ALOMAR

LOS POETAS

GUIARRA

Las pupilas del silencio
están llenándose de músicas.

Guitarra de media noche,
todas tus cuerdas

caminos
de mis palabras ahogadas.

Se caen las estrellas
dentro de tu caja.

Sobre el bordón, cada onda
pone una bronca canción.

Y mi pena, pájaro, por tus cuerdas
cantando!

MADRUGADA

Un naufragio de estrellas
hunde
en el mar la noche.

El silencio
húmedo ya de madrugada
hace gemir los ecos
de todos los senderos.

Sobre la ancha de un navío
un lucerillo hace su nido.

Todas las horas lentas
van entreabriendo sus pupilas.

VIENTO

Al mar

El viento en los pinos, lleno
de la gracia de tus ondas.

Ya se va el rumor y viene
velero siempre; velero
como el alma en tu pupila.

Sereno cantar.

Y el corazón—tu columpio—
ya casi todo es el mar.

J. CHABAS Y MARTI

SIRENAS

Reinan las tres sirenas temblorosas
en el ponto de sal y blancas cifras
con la flor de los polos en los brazos
y la ruta del mundo en las pupilas.

Los ojos amarillos de una encierran
tesoros de avaricia y poderío;
la llamada de su pelo esquila
el toisón de oro del rebaño líquido.

Verdes cosechas de saber oculto
en el mirar de la segunda ondean;
arrastra a las medusas pensativas
entre la red de algas de la ciencia.

La otra no tiene ni conoce nada.
Sueñan los cielos en sus ojos, pálidos
ópalos que ilusionan a los dioses.
Su mirada es gemela de los cantos
que brizan las estrellas hasta la hora
en que fenezca el universo. Embustes,
mentiras de coral, cuentos de nácar,
que ella quiere llevar al agua dulce
del alma de los hombres...

Mas en tierra
nunca se oye su voz suave y pelágica.

Los ojos de las otras dos fulguran
en los cruentos lagares y en la cráteras.

Mauricio BACARISSE

*

TRAMPOLINES

Ideal

Tipo ideal de escaparaté Kodak;
sportswoman gentil del traje a listas;
sin ti, la vida toda
¡vacaciones perdidas!...

Sus besos... ¡oh, qué besos!,
de tarjeta postal...

¡qué portamento,
con mucho senti-
para el piano
del cine americano
en donde esta muchacha, activa y lista,
filma el papel de *girl* protagonista
sobre mi propio corazón, carrete
hiperimpresionable, gelatina
sensible a toda luz!...

Con qué adorable actividad
escribe en la *Underwood*
esta gentil maestra de energía
—¡oh, estenógrafa mía!—;
¡con qué adorable actividad
lleva la contabilidad
en el *Office American and Massachusetts*
[Bank!...

Me escribe con la pluma estilográfica:
«Te adoro! Saco copia.

No hay tiempo para más.
Adiós, mi vida.»
—y sigue trabajando...

Masca goma...
¡Piensa en mí sin cesar!...
Es una criatura formal que me conviene;
el mes que viene
nos vamos a casar.

Manuel ABRIL

FIGURAS RELEVANTES DE AMÉRICA

María Enriqueta

Tocó en suerte a Méjico ser la cuna de esta poetisa, que tiene el primer lugar entre las escritoras de América. Ha escrito novelas, cuentos, libros escolares y versos. Una de sus obras, en cuatro tomos, está, desde hace varios años, adoptada como libro de texto en las escuelas oficiales de la República Mexicana. Maneja el cuento con rara habilidad, género difícil, abordado con frecuencia por muchos y de resultados felices para pocos. María Enriqueta es, desde la mano y atrapa al vuelo el asunto, un asunto perfectamente concebido, siempre interesante, que corre por el justo camino y que remata como debe: con la sorpresa—coronamiento artístico de la obra, y ribera peligrosa donde se estrellan a veces hasta los más doctos—. María Enriqueta no sabe de estas dificultades. Sin percatarse siquiera de que ir a la caza de un buen argumento es emprender una carrera de obstáculos, avanza con natural sencillez, recorre felizmente la ruta peli-grosa y sale de ella triunfante, como segura princesa a quien conducen hacia por un camino sembrado de serpientes. Esto, por lo que hace a los asuntos de sus cuentos y novelas, y en cuanto al estilo que en ellos campea, es hermoso y transparente. Los periodos son largos, sobrios, robustos, musculados, según la frase de un escritor que sabe juzgar a la poetisa con observación atenta. Su prosa da la impresión de un manto de seda bien tendido, en donde brilla el salpique de imágenes deliciosas, halladas con gran fortuna. Y su gramática nunca se aparta de la dura regla. Otro de los secretos que María Enriqueta conoce a maravilla es el de herir con sus palabras las más ocultas fibras del sentimiento. La poetisa posee la vara de Moisés; como él, si cae agua hasta de los corazones más empedernidos. Su obra tiene una gran fuerza de persuasión. La literatura de María Enriqueta no es hueca; en ella no hay hojarasca ni desperdicio: toda es maciza, razonada, valiosa.

Sus novelas han sido calurosamente elogiadas por la Prensa, y una de ellas es un estudio psicológico de primer orden. Otra de las cualidades de esta escritora es la originalidad. Sus temas y su lenguaje son exclusivos de ella. María Enriqueta no pide prestado, porque es rica en imaginación y en léxico. Por sus libros desfila una diversidad de tipos perfectamente caracterizados y variados. Cuanto produce esta escritora parece vivo, porque todo es admirablemente observado, sincero, real. Estas cualidades, y otras muchas que se nos quedan en el tintero, le han valido ese primer lugar que la crítica le tiene asignado.

María Enriqueta Camarillo es la digna esposa del reputado historiador don Carlos Pereyra. Ambos escritores viven desde hace algunos años en Madrid.

Otros varios libros de poesía y de prosa tiene María Enriqueta, inéditos aún. Su labor es fecunda. «Entre su poesía y su prosa—dice la revista *España*—hay parentesco estrechísimo, unidad perfecta.»

El mejor elogio que se puede tributar a María Enriqueta, juzgándola como poetisa, es anotar que de sus libros de versos se han hecho ya varias ediciones. Su obra poética es de un mérito indiscutible, de una significación profunda. Una honda filosofía la impregna y una inspiración siempre sostenida hace de ella cadena de oro que ata y subyuga al lector.

F. M. B.

CINTA ROTA DE UN VIAJE

CUANDO divisa el auto lanzado en la llanura, el hombre que cabalga se apea del mulo, lo sujeta por el bocado y aguarda. Cruza el vértigo; al hombre se le cae la bufanda. Parece, realmente, que se ha quedado desnudo en la desolada llanura fría.

«Soy un poder»—piensa el viajero del auto; y aunque mitigue el pensamiento con un poco de buen sentido, le queda, en el fondo, un sabor a poderío medieval.

Sensaciones de libertad, en ninguna parte como en este vuelo rodado por los pectorales de Castilla paramera.

Apenas desemboca el auto en la llanura, todo queda lejos, distante, empobrecido y caduco. Nos impone con tal energía su realidad el espacio, la anchura, el viento, la luz y la traslación vertiginosa, que las amarras ciudadanas más importantes nos parecen faltas de vida: frutos y flores de papel.

Hay una invitación especial en el espacio: la invitación al brinco, al salto mortal.

Nombres evocadores los de estos pueblos. Anda, mal la toponimia; por eso cada viajero divaga y juega con el propio que le sale al paso. «Buitrago», fauce bestial. «Riáza», áspera matuja serrana. «Sépúlveda», viento y polvo. «Madrigal de las Altas Torres», título de Calderón. «Peñaranda de Bracamonte», guarida de un señor de hierro. ¿Qué de viento y polvo para hacer de Septempública, Sepúlveda!

El viejo cazador que encontramos al pie del castillo de Turégano tenía setenta y tres años; tez curtida y surcada, un traje pardo, con remiendos negros, cuyos pantalones quedaban apretados bajo las corvas por unas correas. Había subido al cerro del castillo a cazar palomas. Las había visto desde la hondata del pueblo. Le fallaban la memoria y el oído, pero no la vista. Subió al cerro; unos chicuelos aventaron a pedradas las palomas. El pobre viejo se entretuvo en enseñarnos la venerable ruina. De vez en cuando evocaba una visita de los reyes: «—La reina no pudo subir, porque traía falda estrecha de viaje; pero el rey subió a todo lo alto... Buena gente...» Creo que no le quedaba otro recuerdo más importante de su larga vida.

Hubimos la corneja diestra en la mañana. Fué poco antes de Madrigal. Arremetía el auto por la llanura y se levantaban las bandadas de cuervos. Todas pasaban a nuestra derecha, y nos acordamos del augurio sabrosamente repetido en el poema del Cid.

Mientras que por el horizonte de mi ventana habitual no se aventuran mas que los gorriones, he podido, gracias a este viaje, reanudar mi conocimiento con la cropéndola, el milano, la abutarda, el tordo, la urraca y la paloma.

Cine, cine es un viaje de auto. La cinta, quieta; las cosas, quietas, y el espectador, atento y rápido, pasando por ellas. Afluyen y se encadenan las variedades que andan dispersas por el mundo, lo mismo animales que geológicas. Y pasamos de la lluvia al sol, y conocemos la linde en que muere la lluvia. Al

salir de Madrid, bajo un orvallo ligeramente frío, atravesamos un paraje lunar, y, a la media hora, se nos presentaban los montes con el color atemperado de los mantones de cachemira.

Paisajes fríos, paisajes cálidos; dos



chopos de oro, como pareja guardiana que recorre un camino solitario y desnudo; tres nobles y negras encinas que anuncian los encinares de Segovia; cielo de plata repujada; cielos con rompies azules; cielo cerrado. ¡Agachad la cabeza! ¡Crucemos la nubes! Luz radiante, pasado el puerto.

¿Por qué asientan de revés las tejas en estos pueblos segovianos?

La plaza Consistorial es aquí circular, para los toros. Sabemos que hay, por el lado de Extremadura, una plaza de toros del siglo XVI. Hemos visto en las Cantigas del Rey Sabio la miniatura de una corrida.

¿Qué amontonamiento de restos arqueológicos al cabo de esta película de cuatro días! ¡Y qué de incongruencias! En el castillo de Turégano, un cementerio. Ya no sé dónde vi aquella lápida ni este retablo; la torre mocha, las ventanas góticas, aquel claustro románico,



aquel reloj espectral y gigantesco en la plazuela, aquellos «Estudios de Gramática», inmersos hoy en una pila de casucas terrosas como de turrón de avellana... Los cerdos de piedra, las yeserías moriscas, los escudos, las almenas, las pilas de mármol, las columnas... ¿Dónde está todo?

No se me borrará nunca la estampa de Iscar. Pasamos al atardecer. El viento era fuerte. La carretera, al acercarnos al pueblecito, se empeoraba; pero al llegar a él, desaparecía en una calle de ceno. De un lado y otro, casucas de tu-

rrón viejo, y a la derecha, distante y hosco, sin elevación ni grandeza, con ceño despectivo, el castillo.

¿Fue siempre así? ¿Un señor frente a unos terruñeros? La clase media es cosa moderna y pasó lejos de aquí.

¡Madrigal de las Altas Torres! Hicimos el viaje a ti por tu nombre; nada más. En el nacimiento de la Reina Católica pensamos luego, y en las segundas nupcias de Don Juan II, y en la muerte de Fray Luis de León. Es difícil imaginar aquí una realeza, una grandeza cualquiera, en esta falta de todo, en esta so-bra de poblacho y modorra y escombros.

Escenografía, la de un bosque de encinas ante los focos del auto.

Dejándose arrastrar por la sugestión de los árboles, sueña uno con que cada especie tiene su psicología. Si hoy se vuelve a mirar la psicología a través del perjeño humano, ¿por qué no ha de su-

gerir la morfología de los árboles ideas de su carácter? Hay árboles zascandiles y árboles con alma de solterona vieja, y árboles dignos, severos y nobles, y árboles simplemente aparatosos.

Un jardinero-peluquero iguala y rapa las cabezas de los pinos parasoles, ¿no es verdad, Ramón?

Los pinos ofrecen al caminante una

nota conmovedora, sin embargo: el rasgón de su piel oscura, la brecha que mana para el rico.

La fondita de Sepúlveda fué para nosotros la más acogedora y atopadiza. Fué para nosotros solos; en su comedor charlamos como en un aposento familiar. La de Béjar, en cambio, era para los viajeros. Fonda de muchos platos y camaranchones para dormir. Moza garrida, la heredera. El retrato que preside el comedor haría las delicias de un expresionista.

Entre las notas conmovedoras, los amigos del escáñor; amigos desconocidos, que acuden, a su llegada, con la emoción a flor de piel. Sus desvelos, su eficacia, sus atenciones. Estos afectos desinteresados que se encuentran acá y allá robustecen la fe. De los viajes vuelve uno con algo más de bondad.

Es tan grande la plaza de Medina del Campo, que su perspectiva parece falsa como la de un cuadro primitivo.

Amamos desde hoy aquel pueblecito cruzado de acequias y agua saltarina. En Cuéllar nos acordamos de él.

Mulas, mulas, mulitas castellanas. El percherón va modificando sus siluetas; ¡recobrarán su estampa determinante, castellana, o la perderán en esa machuchez normanda?

Dos cosas de Barco de Avila: el río pedregoso, de enormes bolas grises, y un canapé vulgar junto a la iglesia. ¡Qué distinto el sol del canapé al sol del auto!

¿Hay que lavar del recuerdo los detalles decorativos de aquella sala, de aquella capilla, de aquella fonda, de aquella modesta y limpia casita del cura? El plato de pared con un jinete moro en alto relieve policromado; el paisaje en porcelana, sobre un marco de velludo carmesí; la canastilla de vidrio escarchado, las cortinas de cuentas y cañitas policromas, el tapete falso, el pañuelo bordado que protege los altos de la butaca, los infinitos muñecos de bizcocho sobre las consolas y repisas... Hay quien dice que todos esos productos, y el gusto que los saborea merecen su estudio. Venga la estética de lo cursi.

Las poderosas torres de Madrigal enseñan al viajero sus entrañas: una escalera, escombros, una puerta. Se ha desmoronado la pared. Ya no sube nadie a visar desde las almenas. Tampoco viene peligro alguno por campo. Aquella figura romancesca que pasa lejos no es mas que un labriego en su mula tranquila.

Los chicuelos se amontonan en la cancela cuando el sacristán nos abre paso. Es como si no hubiesen visto nunca la iglesia, como si nosotros fuésemos a inaugurarla.

Rien, con una risa que agradecemos por su radiante salud, las mozas que se inclinan en la fuente de la plaza. Pañuelos rojos, azules, verdes. Caritas redondas y encendidas, cinturas de hormiga, caderas hinchadas por el refajo, las enaguas y la falda de pliegues.

J. MORENO VILLA

EL SALTAMONTES ROJO

CUENTO PARA NIÑOS POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Los saltamontes son unos animalitos preciosos, grandes volatineros, admirables gimnastas, de gran precisión en el salto.

Esos saltimbanquis que se aplauden a lo mejor en el circo no merecen la cantidad de aplausos que merece el saltamontes. Yo, de niño, los aplaudía cuando los veía saltar por el monte de mi tío Camilo, pasmado siempre ante su trabajo. Nunca maté uno, ni creo que haya niño capaz de eso. Se hacen respetar con la cara seria y el morro metido hacia dentro que ponen, y no deja uno de admirar sus patas de atrás, en flexión difícil, más hacia atrás que las de ningún animal, siempre con el gesto eléctrico de irse sin avisar, sin despedirse, sin que se note el esfuerzo que a lo mejor realizan.

Un gran saltador de circo, a quien yo pinchaba el amor propio hablándole bien de los saltamontes, me dió una lección un día, preguntándome:

—Pero ya que habla usted tanto de los saltamontes, ¿sabe usted las patas que tienen?

Yo, como todos, al pensarlo así de pronto, de buenas a primeras, dije:

—Cuatro...

—Se equivoca; tiene seis y, además, un par de alas largas que le ayudan muchísimo... Si yo tuviese seis patas sobre las que apoyarme en los saltos y un par de alas, en vez de un solo par de piernas, saltaría por encima de la torre Eiffel y caería dos kilómetros más allá...

No he vuelto, desde entonces, a citar el ejemplo de los saltamontes delante de ningún gimnasta saltador; pero le sigo profesando igual devoción.

El saltamontes no sólo viaja por viajar, sino que parece que va midiendo el campo. Va marcando el espacio: «Metro y medio y metro y medio», se dice en sus adentros, mientras salta. Es como un aparato de precisión, y sus patas largas se parecen mucho y son tan perfectas como los compases, con los que jugamos más que trabajamos y que parecen una joya en un estuche forrado de terciopelo. Si papá tiene una botonadura de brillantes para cuando va al Real o a Palacio, nosotros tenemos una caja de compases.

En sus antenas reciben las noticias lejanas, los conciertos de música de las capitales de provincia, los solos de acordeón de los pueblos, la letra de los pregoneros, etc., etc.

Por eso se quedan tan silenciosos y quietos. Oyen, perciben los gritos lejanos, los cencerreos, hasta el ruido sutilísimo de los élitros al levantarse sigilosamente sobre la espalda de los insectos que busca el saltamontes con más afán.

Yo he estudiado a los saltamontes mucho. Así como otros niños guardan en una cajita un gusano de seda, un grillo o hasta unas moscas, yo guardaba un saltamontes. Lo sacaba sólo en las habitaciones, pues tenía la experiencia triste, que me crispaba los nervios, de aquel saltamontes al que até con un hilo de una pata y que en uno de los saltos se quedó sin la pata, porque dió un salto muy vivo. ¡Cómo se quedó de cojo! Aún lo recuerdo, echado hacia un lado y queriendo saltar sobre una sola pata, sin quejarse, mirándose con sus grandes ojos y su cara de perro pachucho.

La vida activa de los saltamontes, cuando entra en mayor frenesí es al medio día.

A las doce en punto de los días álgidos de sol, el saltamontes, que oye con sus antenas las campanadas de las XII que suenan en los relojes de torre de los pueblecillos, sale disparado en busca de alimentación. En vez de ir a la tienda por la comida, se dirige al bosque, a lo más enmarañado, donde siempre hay algo preparado para él, y por eso, como si saltasen en la sartén del medio día, se les ve destacarse en el humo de aceite que llena esa hora, como si los oleosos jarales ardiesen.

Unos van por los entremeses; el otro

nombre que no iba bien a un niño, aunque de mayor es posible que le haya ido con ese nombre mejor que a mí con el mío.

Abdón iba todas las tardes a buscarme, y lo primero que me preguntaba era por el saltamontes:

—¿Se te ha escapado ya?

—No... Aún no... Hoy ha saltado, como un desesperado, de un lado a otro de la habitación...

—¿Has descubierto algo en él?

—Nada... Que no tiene mas que una idea fija: la de ir hacia adelante, siempre adelante...

—¿No te choca que nunca vaya un saltamontes con otro? Si alguna vez andan

jo, derritiendo por completo la pasta de pintura roja de mi paleta, desastrosamente parecido al de haber derretido por entero toda la paleta; porque ¿qué iba yo a hacer ya sin el rojo? ¿Qué se puede pintar en que no entre el rojo?

El saltamontes quedó precioso, aunque él desconfiase mucho de nosotros mirándonos de soslayo con sus grandes ojos escamones.

Eran las tres de la tarde de un día de verano. Todo el campo relucía y parecía estar incendiado. Las chicharras sonaban lo mismo que los timbres de cinematógrafo cuando llaman antes de que comience la sesión. ¡Qué estridulaban!

Salimos con nuestro saltamontes al camino, que es donde le íbamos a saltar, yendo tras él hasta ver qué hacía.

—Le seguiremos hasta la Espinosa.

—Le dije yo a Abdón.

—Hasta más allá, si fuese preciso— me repuso él.

La carretera parecía estar enarenada con arena de playa seca, de tan blanca como resultaba.

—¿Ya?— pregunté a Abdón, para que los dos compartiésemos la responsabilidad.

—Ya— dijo Abdón, que era sentencioso como un juez.

El saltamontes, enrojecido como de vergüenza, o por lo mismo que se ponía rojo un cangrejo— como si le hubiésemos cocido antes de echarle a volar— salió rauda, pizpireto, sin entumecimiento ninguno, como si entre el salto que dió el día en que cayó en nuestras manos y el que acababa de dar no hubiesen pasado días.

Marchaba orgulloso, con la cabeza levantada, satisfecho de ser el saltamontes extraordinario. Aun cuando los saltamontes siempre huyen de las carreteras para disimularse entre los matorrales, éste, como convertido en peatón o peregrino humano de la carretera, iba por el centro de ella.

Nosotros íbamos detrás, sin perderle de vista, aunque a distancia de él. ¡Qué gracia viraba cuando el camino daba una vuelta!

Pero, de pronto, vimos que revoloteaba sobre él un pajarraco, ansioso de comérselo y del que él comenzó a huir, calculando unos saltos larguísimo, interminables, que desorientaban al pájaro.

Nosotros presenciábamos sorprendidos aquella persecución.

Ante ella nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho. A los pájaros les gustan los saltamontes como a los hombres los langostinos, aunque casi nunca pescan uno, porque como son de un verde grisáceo y amarillento, se disimulan entre las matas y no se les nota tampoco sobre la tierra, resultando, por eso, que sólo por casualidad pescan alguno.

Por eso aquel pájaro estaba admirado y perseguía a un saltamontes rojo, al primer saltamontes rojo que había encontrado ¡y que debía ser exquisito!

—¡Le hemos perdido! — dijo Abdón, agorero y triste.

—Sí— contesté yo—; al embellecerle le hemos sentenciado a muerte... Los saltamontes deben tener ese color de polvo que siempre tienen.

Y cuando acababa de decir eso, el pájaro se comió al saltamontes, al primer saltamontes rojo que había aparecido en el mundo, el primero y el último.

Ramón GÓMEZ DE LA SERNA

Dibujo de BARTOLOZZI.



va ya por el primer plato; el otro busca el postre.

Estudiando a los saltamontes he comprobado que nunca acaban por ser nuestros amigos, que jamás les podemos domesticar, consiguiendo que en vez de saltar anden, porque se opone a eso la manera de fijar las patas de atrás, que les caracteriza su postura de ir a saltar, la cosa que tienen de irse a disparar. Están siempre los saltamontes como esas ratoneras que van a cerrarse, que se cierran al menor movimiento antes de que entre el ratón, que hay que arrinconar en la guardilla, porque nunca cazaron un ratón, ya que siempre se cerraron antes de tiempo.

Siempre me pareció el saltamontes como una flecha que se dispara antes de apuntar, o como el tiro que se escapa cuando más distraído está el cazador.

Para estudiar el saltamontes yo tenía un amigo, hijo del dueño de otra casa de campo, al lado de la de mi tío Camilo. El chico se llamaba Abdón, un

cerca, en seguida se separan y toman caminos diferentes... Al cabo de un cuarto de hora, cada uno está en un pueblo distinto...

—Deben ser muy orgullosos.

—Por eso se me ocurre una cosa que te gustará mucho: ¿quieres que le pintemos de rojo con tu caja de pinturas?

Yo me quedé pensativo. Aquella era una proposición terrible, digna de un niño que se llamaba nada menos que Abdón. Confieso, sin embargo, que me encantó la idea desde el primer momento, aunque la discutí, porque me parecía monstruoso dar esa lección a la Naturaleza y enmendarla la plana...

—Ya verás con qué encanto saldrá saltando cuando se sienta pintado de rojo... Se creará el rey de los saltamontes, y aun siendo de tan pocos amigos, dará recepciones de honor en las plazoletas pequeñas que hay entre las zarzas.

Con cierto miedo al rayo que castiga las grandes osadías, lo pintamos de ro-

LA PLAGA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JUAN A. MELIA

ARREMANGADOS los brazos y con los ojos chispeando de ira, la señora Nicasia, inclinada sobre un barreño y en mitad del corral, restregaba con furia, entre sus enrojecidos puños, una enjabonada servilleta, mientras recriminaba a la infeliz doméstica:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Así se laval ¡Así es como salen las manchas de vino! ¡So sucia, más que sucia! Que ni sabéis lavar ni hacer na; pero sí tragar a dos carrillos y pedir duros y más duros de soldada...

Irguió el busto, lanzó una mirada terrible a la criadita, que casi temblaba, y con el dorso de las manos echóse atrás las greñas que sobre los ojos le habían caído durante el ejercicio.

Del interior de la casa llegó una voz de hombre:

—¿Se puede?

Volvió la cabeza y quedó estupefacta viendo a Santiago. Dominando su emoción, dijo, sin embargo:

—Adelante. Pase usted.

Por su cerebro, lleno de maldades y suspicacias, galoparon varias ideas en un minuto. ¡Santiago en su casa! El enemigo de su marido, enemigo de toda la vida, hasta el extremo de no saludarle, dentro de la pequeñez del pueblo; el que durante veinte años no había traspuesto la entrada de aquella casa, estaba allí mismo, diciendo: «¿Se puede?», cuando ya había penetrado hasta el comedor.

Sabía que Santiago estaba en plena ruina, desesperado, lleno de deudas; consideraba que ella y su marido tenían la culpa principal de aquel desastre; suponía que Santiago era capaz de hacer cualquier barbaridad viéndose en la miseria, en la miseria absoluta, y temió no sabía qué...

Miró a los ojos al visitante y no pudo leer en ellos ninguna violencia: una gran calma irradiaban sus pupilas, completada por la expresión tranquila del rostro. No obstante, a nada bueno podía venir Santiago a su casa. Conocía su carácter y le constaba que ningún favor sería la solicitud que allí le había conducido. Automáticamente fué respondiéndole a las preguntas de aquel hombre.

—¿No está Blas?

—No; no está.

—¿Tardará mucho?

—No debe tardar. Está en la viña.

—¡Ah! En mi viña.

Al oír *mi viña*, estremecióse la señora Nicasia y le miró a la cara; quería protestar, decir que aquella viña no era sino de su marido y de ella, pero no se atrevió. ¡Estaba sola!

Santiago adivinó y, con voz tranquila, dijo entonces:

—Es que no me puedo acostumbrar a decirlo de otra manera, a pesar de que hace más de veinte años... Digo mi viña y mis trigos y mi casa y mi huería, como si todo fuera mío aún. ¡Manías que tiene uno!

Se produjo una pausa embarazosa.

Después, la señora Nicasia dió voces a la chiquela:

—Tú, a poner la mesa, que el amo está al llegar.

Y dirigiéndose a Santiago:

—¿Va usted a esperarle?

—Si no estorbo, le aguardaré aquí mismo.

miró con atención y sus ojos se dilataron como los de un gato.

—¡Eh! ¿Estás aquí tú?—exclamó, un poco alterado.

Y sus pensamientos, siempre paralelos a los de su mujer, recorrieron el mismo trayecto ideal que los de ella recorrieron antes.

renándose y endureciendo la expresión del rostro, pero sin atreverse a mirarle de frente.

—Ya puedes imaginarte: no vengo a venderte nada, porque nada tengo ya que vender; tampoco te he de pedir dinero, porque no podría responderte de él con ninguna finca... Otra cosa quiero de ti.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Blas; otro escalofrío idéntico estremeció a Nicasia.

—¿Otra cosa? Tú dirás... —balbució el cacique.

—Trabajo—dijo fríamente Santiago.

—¿Trabajo..., a ti?

—Sí; ¿por qué no?

—Tú ya sabes...

—Sí; yo ya sé que hace años juraste matarme de hambre, después de quedarte con todo lo mío y después de ver que yo no quería formar entre los que te ayudaban a hacerte el amo del pueblo. Sabiendo esto, imagínate cómo vengo a pedirte trabajo. Eres ya el amo y sólo tú puedes dar trabajo. Yo te lo pido; pero te vendo sólo mis brazos. Las cosas claras: solamente los brazos. Necesito que mis dos hijas no pasen hambre, y acudo a ti que juraste matarnos de esa manera. Vengo a ver si piensas igual que hace veinte años.

El señor Blas comprendió. Dijo:

—Pero, hombre, trabajo puede encontrarse en otros lugares...

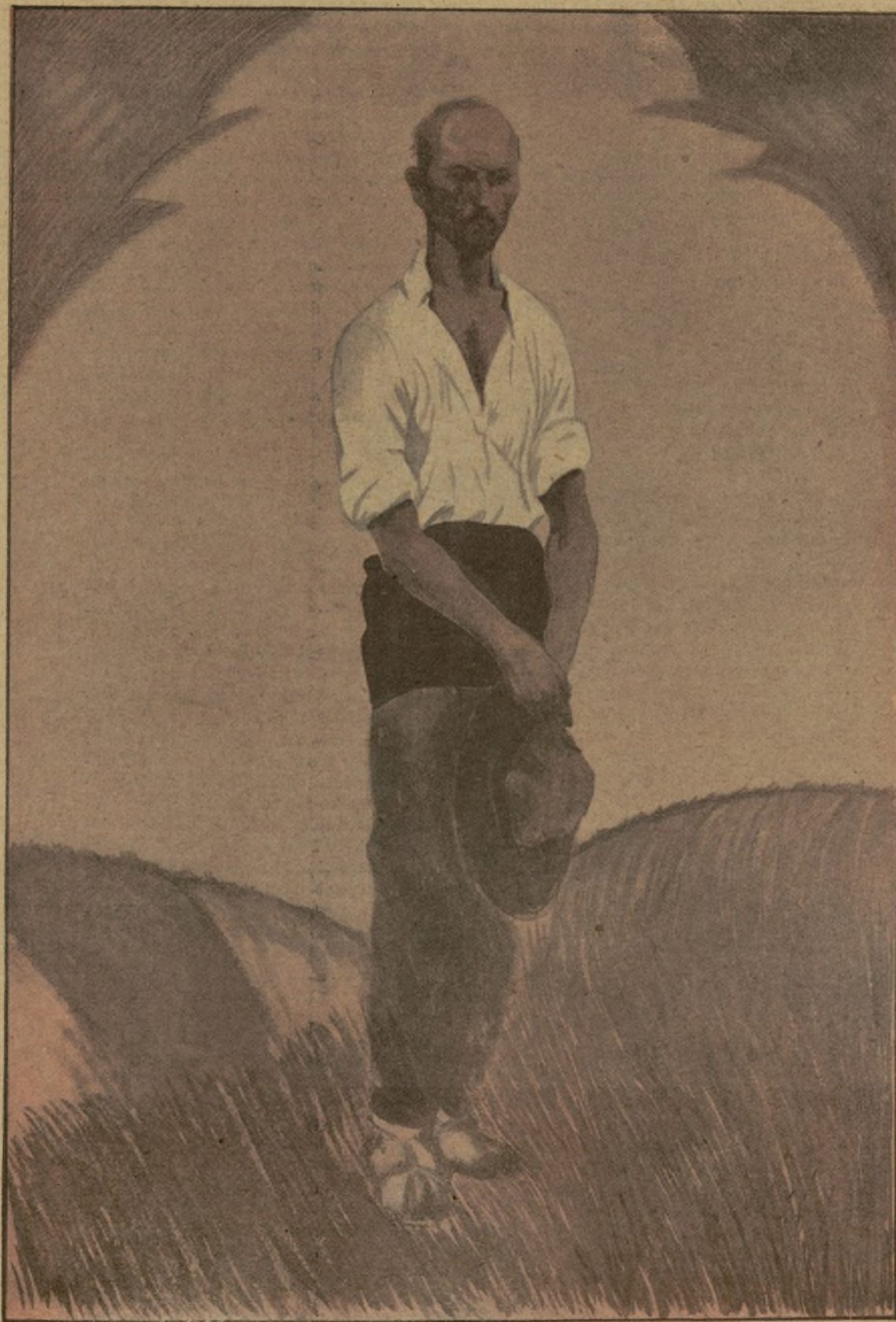
—No lo hay; comprenderás que antes de pedirte a ti he recorrido unas cuantas leguas del contorno. Y el invierno asomará pronto. Si no tuviera dos hijas, ya habría emigrado; pero las chicas...

Aquí tembló su voz. Y este temblor abrió los ojos de Blas, mostrándole un horizonte despejado. Su enemigo estaba a las puertas de la claudicación; si le resistía, el drama cruento sería el fin de todo; si le daba la mano, se amansaría y quién sabe si se dejaría domesticar. Veinte años estuvo defendiéndose; pero, al fin, se le entregaba. El cacique hizo dueño de la situación. El placer de humillarle era mayor que el de acabar con él.

—Bueno — dijo —: tendrás lo que quieres. No podrás decir que cumplí mis amenazas. Los años te han vuelto a mi casa y los años me hacen aburrirte de par en par. Esta es mi mano.

Y le tendió la diestra.

Santiago lo miró, sorprendido; iba buscando trabajo y le ofrecían también amistad. Comprendió que aquello era astucia; no podía creer en la amistad de Blas; a punto estuvo de rechazar aquella mano... Pero pensó en la miseria de su hogar, y, aun causándose asco a sí mismo, aceptó la mano del que fué su verdugo.



—Pues, siéntase, que aquí no estorbá nadie.

Y recobrando otra vez su aplomo, la mujer del señor Blas dedicóse a prevenir la comida del medio día.

Apartóse un lado de la rayada cortina y apareció Blas. Contraídas las pupilas por el sol, no apercibió la presencia de Santiago en la habitación en el primer momento; después, dándose cuenta de que su mujer no estaba sola,

Santiago permanecía en calma; desde que tuvo la ocurrencia de visitar a Blas, hasta llegar aquel momento, había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea de que iba a hablar con su enemigo, y esto le permitía ser dueño de sí mismo.

—Sí; soy yo... ¡Cuánto tiempo que no venía por aquí! ¿Verdad?

—Verdaderamente...

La señora Nicasia volvía a sentirse inquieta.

—Y ¿qué te trae?—preguntó Blas, se-

La tertulia tabernaria estaba pendiente del señor Blas, como todas las noches. Allí se encontraban el alcalde, el juez, el maestro, el sargento de la

Guardia civil, varios concejales. El alguacil, en un rincón, bebía el vaso que cada noche pagaba el cacique. Escuchaba las conversaciones, siempre atento a levantarse como un autómatas cuando el cacique necesitaba enviar un recado.

De ocho a diez de la noche, la taberna era el despacho del señor Blas: allí recibía noticias y peticiones y daba curso a sus órdenes.

Se comentaba el acto de Santiago.

—De modo, que se entrega—decía el alcalde.

—No diré yo que se entregue; pero...—respondió con malicia el cacique.

—No podía más—afirmó el juez.

Y el sargento:

—Yo no lo perdía de vista, esperando que se atreviese una noche a saltar la tapia de El Pardo para cazar... ¡No hubiera sido mala caza!

Y disparó una carcajada estrepitosa.

Después, el señor Blas explicó sus propósitos:

—Le he dicho que disponga de la huerta de allá abajo, junto al monte de El Pardo. Es buena tierra y tiene una noria. Puede hacerse allí mismo una choza y vivir con los suyos; así no le veremos por el pueblo. Yo no le cobro nada por el terreno: sólo me ha de dar la mitad de lo que saque...

—Y no es mucho—apoyó uno de los satélites del cacique—. Entre morir de hambre o que una noche le diera éste un balazo...

—Pero se entrega, se entrega, ¿verdad?—insistió el alcalde.

—Hombre, yo no diré que se entregue; pero...—repitió el cacique, no atreviéndose a lanzar ninguna insidia, porque, zorro viejo, al fin, sabía que las insidias corren de boca en boca y él conocía el carácter de Santiago.

Todos guiñábanse mutuamente, como personas que saben a qué atenerse.

—Señores, las diez; con permiso de ustedes—dijo el sereno abriendo la puerta de la taberna.

Dominando a Madrid, y a unos cuantos kilómetros de esta gran charca ciudadana, está el restaurante del tío Pachorra; lo que un tiempo, fué ventorro o merendero, hoy ostenta, y con justicia por cierto, el pomposo nombre de restaurante, aunque escrito en francés.

A poca distancia de este lugar estaba la huerta cedida por el señor Blas a Santiago. Aislado del pueblo y aun del mundano ruido del restaurante, Santiago estaba contento: con sus dos hijas labraba la tierra a fuerza de azadón, y la regaba volteando con sus propios brazos un pesado volante que había adaptado a la noria; que esto sí que era regarla con el sudor de su frente y aun de todo su cuerpo.

La necesidad de vivir había trastornado sus costumbres, convirtiéndole en noctámbulo: levantábase a las dos de la tarde y se entregaba a su huerta; después de cenar, vestíase un pantalón oscuro y una guerrera blanca, de hilo; peinábase con esmero y acudía al restaurante, donde el tío Pachorra le permitía vender tabaco y cerillas a la clientela elegante, y aun, en ocasiones, ejercer de camarero. Al amanecer, cuando los últimos juerguistas abandonaban el lugar, Santiago volvía a la casucha que con adobes y residuos se había edificado con sus propios brazos. Despertaba a las muchachas y en aquel mismo y único camastro se tendía a descansar.

Estaba contento por haber hallado el modo de salvar a sus hijas; pero una tristeza infinita entenebrecía su alma:

era el fracaso de su vida; era la humillación ante su enemigo Blas.

Observaba cuán tontamente tiraban el dinero aquellos ociosos, rompiendo vajillas, muebles y espejos, pagando facturas absurdas, y comparaba aquella vida con las ansias de su necesidad.

Crispábase cada vez que volvía a su memoria la broma que un señorito le gastó una madrugada: entraba Santiago en un reservado con una botella de champaña en la bandeja; uno de los jueguistas le aguardaba escondido tras de la puerta, y al aparecer el rústico camarero, descerrajó un tiro de pistola contra el gollete de la botella, saltando y derramándose el espumoso vino...

Cuando Santiago, en la miseria de su tabuco, miraba el billete de cinco duros con que el bromista le gratificó, lloraba de vergüenza.

Pero Santiago no se rendía al cacique. Desde que se instaló en la huerta no había vuelto al pueblo ni para afeitarse.

El señor Blas se había arrepentido de su obra, porque el innoble fin que la inspiró estaba tan lejano como el primer día.

A veces visitaba a Santiago, pues de otro modo no lograba verle. Insinuaba entonces alguna de sus intenciones; pero el antiguo amigo y enemigo le miraba con energía y le daba una contestación categórica:

—Ya te dije aquel día que te vendía el trabajo de mis brazos y nada más que el trabajo de mis brazos. Sabes que la mitad justa de lo que produzca la huerta es para ti. Me conoces bastante para saber que no entrará en mi casa una lechuga sin que otra igual, o mejor, vaya a la tuya. Si te parece poco la mitad, dímelo, y lo que quieras me quedará. Pero otra cosa, no; otra cosa, no...

En la tertulia tabernaria se comentaba la inextinguible hosquedad de Santiago. Ponderábase el magnífico estado en que se hallaba la huerta, que prometía considerable beneficio, y lo que únicamente se debía al trabajo inteligente, vigoroso y tenaz de Santiago, era atribuido a la bondad de la tierra.

—¡Lástima de terreno!—exclamó alguno—. Y pensar que en él podría beneficiarse cualquiera más leal que ese tipo...

—Ya está hecho—decía el cacique—. ¿Qué remedio? Yo tengo que cumplirle mi palabra, como él cumple la suya.

Y diciendo esto, pensaba en todo lo contrario, es decir, en el modo de burlar su propia palabra.

—¿Quiere usted que le libre del compromiso?—le dijo una vez cierto sujeto ambicioso.

—¡Hombre, si no es de mala manera!

—No; eso, no... Aunque a Santiago no le hará ninguna gracia. ¿Y me dejará usted a mí la huerta?

—Está dicho—contestó resueltamente el señor Blas.

El mes de julio había convertido en una espléndida realidad las esperanzas de Santiago; si de verde se pinta la esperanza, ese mismo color había revestido el resultado de los afanes de aquel hombre tan enérgico como desventurado. La huerta era una grande y compacta mancha verde en medio de las tierras que la rodeaban; de un verde vivo y alegre, chillón, un poco agrio, al lado del verdor austero de los encinares de El Pardo.

La huerta, labrada y regada a pulso, como decía Santiago, era ya mucho más que una promesa: aquel verano al-

canzaba el máximo de su producción. El labrador estaba más seco y canoso que nunca; pero su tierra estaba materialmente cubierta de frescas y jugosas hortalizas, que aseguraban el pan y la lumbre del invierno.

Sobre las frondas de la Moncloa iniciábase un amanecer fresco y tranquilo cuando del restaurante de Pachorra partía con estrépito el último automóvil conduciendo a los últimos trasnochadores. En repugnante promiscuidad, vociferando y empujándose, iban ellos y ellas dentro del carruaje, mientras éste se deslizaba, como una tromba, por la pendiente. Un grupo de gamos que iban a cruzar la carretera se detuvo para dejar paso al monstruo, al cual miraron con sus dulces ojos, pensando quizás que el hombre es el animal más ruidoso.

Poco después, Santiago dirigióse a su casucha. El cansancio entorpecía su marcha, y alguna vez se detuvo para recibir la fría caricia del alba y aspirar con deleite el airecillo sutil que olía a tierra. Cuando llegó al punto de arranque de la vereda que conducía de la carretera a su huerta, paró un instante para mirar desde aquella altura todo el horizonte y adivinar una posible tormenta. Una granizada era su temor, que podría aniquilar en gran parte el fruto de su trabajo. Mas pudo sonreír satisfecho, notando la limpidez del ambiente y viendo los lejanos picachos del Guadarrama enrojecidos por el sol que nacía...

Descendió ligero por la vereda; recorrió en un instante su huerta, enderezando un tallo, expulsando un guijarro, apisonando con el pie un poco de tierra removida, meticolosos cuidados comparables con los de la madre que vigila el sueño de su hijo y le arregla el embozo de la cama y le muelle la almohada, para acabar besando la amada cabecita. Entró, por fin, Santiago en su casucha y despertó a las muchachas. Mientras ellas se vestían, con pereza, dióles las órdenes que habían de cumplir durante la mañana. Después, se acostó.

Dos horas más tarde, ambas hermanas, recorriendo la huerta cuidadosamente, desprendieron de los crueles lazos en que habían caído a media docena de conejos. Breve respiro que se concedía a las incantadas bestezuelas que momentos después eran desnucadas, abiertas en canal y destripadas por las hábiles manos de las mozas.

La mayor de éstas metió en un saco la caza, y, echándose al hombro, salió de la huerta, remontó el sendero y, llegando a la carretera, encaminóse hacia el restaurante.

Cual la lechera de la fábula, marchaba abstraída, echando la cuenta del dinero que el tío Pachorra le daría por los seis conejos, cuando sintió a sus espaldas, muy próximo ya, galopar de caballos. Sin volver la cabeza, apartóse a un lado, y a poco sintió encima de sí el resoplar de los animales y una voz imperiosa que decía:

—¡Alto!

Alzó los ojos y quedó inmóvil: el sargento de la Guardia civil y uno de sus subordinados refrenaban ante ella sus cabalgaduras. El jefe la preguntó:

—¿Qué llevas en ese saco?

—Seis conejos...—balbució la muchacha, timidamente.

—Ya me lo figuraba yo. Y ¿adónde los llevas?

—A casa del tío Pachorra, que me los suele comprar.

—¿Y de dónde son?

—De allí..., de mi huerta..., de los que se meten a comerse las verduras...

—Conque de la huerta... Eso lo averiguaremos. Anda, vuelve atrás. Ve delante de nosotros.

La chica rompió a llorar.

—Sí, señor, sí..., de la huerta... Ahí, ra mismo pueda usted ver los lazos que tenemos puestos...

—Anda y calla, que te tiene más cuenta.

—¿Adónde me llevan ustedes?

—Ahora a tu huerta, a buscar a tu padre. Después, ya veremos...

Gimiendo ruidosamente, la hija de Santiago volvió atrás por el camino que había traído. Tras ella, los civiles cambiaban frases breves que no podía oír.

Cuando llegaron a la casucha, ya Santiago salía de ella en mangas de camisa, advertido por la hija menor de que su hermana volvía entre dos guardias. Un negrísimo presentimiento le hacía juntar las cejas y apretar las mandíbulas.

—¿Qué pasa?

—Venga usted con nosotros, y esa otra muchacha también.

—Pero ¿qué sucede?

—Allí se lo dirán—y señalaba la dirección del pueblo.

Santiago comprendió que había de obedecer, y obedeció. Acabó de vestirse, metióse en un bolsillo el dinero que tenía en casa, cerró la puerta y, guardando la llave, se puso en marcha entre sus dos hijas y delante de la pareja. Una angustia enorme, una pesadumbre aplastante estrujaba su alma. ¿Qué traición le habían preparado? ¿Qué espantosa desgracia empezaba a gravitar sobre él?

Volvía los ojos para mirar su huerta. Allí quedaba, hermosísima, fecunda, agradecida como no lo son los seres; brillante, verde, como una esmeralda caída en el polvo. ¿Volvería a verla? El corazón le decía que no. El era honrado, no había cometido delito ni falta alguna; pero esto no bastaba; las almas perversas urden tramas odiosas con las que enredan a las buenas para infamarlas.

—No lloréis, hijas—decía, llorando él mismo—; esto tiene que ser una equivocación de la justicia. En cuanto yo pueda hablar, nos soltarán...

Y sabía cuán falsa era esta esperanza.

El sargento quiso hacer constar que no era sino brazo ejecutor de la justicia:

—Nosotros hacemos lo que nos mandan. Al juez le han denunciado que usted vendía conejos que sacaba de El Pardo... y, claro, el juez nos dió las órdenes...

Llegaba el momento de la suprema vergüenza: la entrada en el pueblo y el paso por sus calles hasta el cuartel de la Guardia civil. Santiago quería llevar erguida la cabeza, y no podía. La humillación definitiva le tenía abrumado, aplastado. Las voces y comentarios del vecindario eran para él un zumbido intolerable.

Los chicuelos que le rodeaban molestábanle como si fueran avispa.

Después, una ráfaga de odio le hizo morderse los labios y cerrar los puños: desde una esquina, al lado de una taberna, le miraba pasar Sebastián, el vago y el borracho Sebastián; éste sí que era un cazador furtivo, puesto que no vivía ni bebía de otra cosa; todo el pueblo, todo el mundo lo sabía... Todo el mundo menos el juez que había ordenado la detención de Santiago. Y era que Sebastián obedecía al cacique y servía de matón cuando se necesitaba amenazar a alguien.

Después, la plaza. A la puerta de otra taberna el cacique, el alcalde, el juez, la encanallada tertulia de siempre, que aguardaba el paso del trágico cortejo de sus víctimas.

Por fin, el cuartel y un calabozo, que para Santiago fué un oasis de paz.

Dos días de intensa tortura llevaba Santiago en aquel infecto calabozo, sintiendo los sollozos de sus hijas, que en otro cuartucho igualmente inmundo permanecían encerradas como él.

Esta era la mayor crueldad: mantener presas a sus hijas, separadas de él por un tabique, a través del cual le hablaban a voces para tornar a sus llantos. ¡Ah, la vida miserable, cuán poco valía para él! Si no temiera dejar en el desamparo a aquellas criaturas, valor tenía sobrado para embestir con todas sus fuerzas a una pared y romperse el cráneo contra ella.

Cuando cesaban los gemidos de las muchachas, Santiago pensaba en su huerta abandonada. ¡Dos días sin regarla, sin recoger el fruto maduro, sin mimarla! ¡Dos días expuesta a la rapacidad de los transeúntes y a la voracidad de aquellos malditos conejos que de la finca real venían a su pobre tierra para cebarse en las frescas y tiernas verduras!

Dos días sin que nadie fuera a interrogarle, a notificarle la causa de su prisión, a ponerle en libertad...

Sonó la cerradura oxidada y después el cerrojo. Santiago miró con ansiedad. Abrióse la puerta y pudo ver al sargento y al señor Blas. La víctima sintió impulsos de saltar contra su verdugo y estrangularle. La coacción de estar presente el sargento le contuvo; después, dominada la alteración momentánea, se alegró de haberse contenido; su situación habría empeorado.

El redomado cacique venía haciéndose de nuevas:

—Pero ¿qué ha sido esto? ¿Qué has hecho?

Santiago le miró; imaginariamente le abofeteó. Nuevamente dominóse y repuso:

—Como no lo sepas tú... Porque yo no sé todavía a qué viene esto.

—Han averiguado que Pachorra te compraba conejos, y como tú no tienes corral, han supuesto que los sacabas de El Pardo.

—Nunca salté la tapia; los conejos van a mi huerta para comerse lo mío. Allí los cazaba a lazo, porque estaba en mi casa y me parecía esto mejor que dejarlos devorar mis hortalizas y pasarle la cuenta al rey, que me mandaría a paseo.

—Pues eso es difícil de probar, y todas las apariencias te perjudican.

Harto sabía Santiago que todo aquello era una infame farsa urdida contra él y que a todos constaba su inocencia; pero también sabía que, puestas las cosas en el terreno en que se hallaba, no podría salir bien librado. Aun en el caso de probar su honradez, esta prueba no llegaría sino después de muchos meses de prisión preventiva, los suficientes para que sus hijas se hicieran desgraciadas para toda la vida y él se hubiera colgado de un clavo.

Ahogando la expansión de un tropel de sentimientos nobles, dijo en voz baja y rabiosa:

—Bueno, Blas: ¿qué pretendes con esto que me estás haciendo?

—¿Yo? Nada, hijo... ¿Qué puedo pedirte yo a ti? ¿Qué puedes tú darme a mí? Y menos ahora...

—Es verdad.

Y Santiago quedó un momento silencioso, pensativo, dialogando in mente consigo mismo. Duró poco su meditación, después de la cual llegó al

supremo sacrificio de la dignidad:

—Oye, Blas: tú que eres el amo aquí, podrás hacer mucho por mí..., es decir, por mis hijas. Si me pusieran en la calle yo podría, seguramente, hacer también algo por ti.

—¿Tú? ¿Hacer nada por mí, tú, lo más descaído del mundo? Si nunca has querido...

—Nunca he querido; pero ahora quería. Lo que te pido me exigiría mucho, ya lo sé. Pero no te lo podría negar.

—De modo que tú...

—¿Me has entendido?

—Creo que sí.

—Pues... eso... Todo lo que tú me pidas.

Y cuando el señor Blas se retiró y la

una nube, ahita, y otra venía a reemplazarla.

Huertas que momentos antes daban alegría al paisaje con su verdor, no conservaban ya ni una sola hoja; solamente los tronchos quedaban. Las matas de melones y sandías parecían fantásticos pulpos; sobre la tierra estaban tendidas las ramas, mondas de toda hoja, como tentáculos, y pegadas a ellas los voluminosos y redondos frutos.

La caída de la langosta se asemejaba a una nevada; las cifras incomprensibles que la ciencia necesita para expresar distancias interestelares serían las únicas que podrían servir para representar el número de aquellos repugnantes

nar donde apenas había dos centenares! Este era el espectáculo que se ofrecía a los ojos de Santiago cuando fué puesto en libertad, con sus hijas, en virtud de que el juez había podido comprobar que los conejos vendidos no fueron extraídos del Real Sitio de El Pardo.

Santiago quedó atónito ante la presencia de la langosta; en aquella comarca se pasan muchísimos años sin recibir tan ruinosa visita. El no había conocido otra desde su infancia.

Corrió, dejándose atrás a sus hijas, anhelando ver si su huerta existía aún.

Bajo el tórrido sol, subió el repecho por fuera del camino, cruzando tierras devastadas, ahogándose de emoción y asfixiado por el calor. Llegó a la carretera y asomóse al otro lado... Allí estaba su huerta, cuyo verdor aún resistía la invasión. Hizo señas a sus hijas para que acelerasen su carrera, y él se lanzó por la vereda como un corzo. Llegó para convencerse solamente de que la langosta daba principio al festín; arracimados los voraces animalitos, agitábanse entre las hojas, que poco a poco empezaban a desaparecer.

Enajenado, el infeliz comenzó a descargar palos..., palos de ciego que si aplastaban una docena de langostas, destruían docenas de matas... Tiró el garrote y esgrimió un trozo de estera... ¡Vano esfuerzo! A pesar de ello, las hojas seguían cayendo y desapareciendo, engullidas tranquilamente, a mordisquitos, por los innumerables insectos.

El ambiente parecía arder; el sol abrasaba; la fatiga, el calor y la emoción congestionaban a Santiago...

Aparecieron las muchachas en lo alto del sendero; mientras descendían, corriendo, viéronle agitar los brazos con un trozo de estera en cada puño, tambalearse y caer, al fin, como fulminado.

Cuando llegaron junto a su cadáver, viéronle con los ojos desorbitados y la boca llena de espuma, como si hubiera muerto triturando entre los dientes una imprecación espantosa...

Juan A. MELIA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

puerta fué cerrada, Santiago, golpeando el tabique con los nudillos hasta lastimarse, gritaba a las muchachas:

—¡Chicas! ¡Chicas! ¡Hijas mías! ¡Hoy nos van a soltar a todos!...

Y como las infelices le pidieran detalles, él no pudo hablar más, porque lloraba con una amargura infinita...

En muchos hogares de aquel pueblillo reinaba la mayor consternación. Durante todo el día no cesaban de caer en el contorno nubes de langosta.

Los propietarios ricos miraban con indiferencia la plaga; ellos no sembraban más que trigo y éste se estaba trillando ya. Pero los pequeños labradores se veían en la ruina: sus garbanzales, sus lechugas, sus berzas, sus melones, desaparecerían en dos horas bajo la voracidad de los insectos. Remontábase

tes bichos que llevan consigo la devastación.

Cuando aquellas enormes masas cruzaban, volando, oscurecían el sol. Cuando se dejaban caer, era preciso protegerse la cara para evitar innumerables choques que crispaban los nervios. Se andaba por los senderos aplastando millares de langostas, marcha que al cabo de un rato acababa por hacerse angustiosa, a pesar del ansia de aniquilamiento de aquellos bichejos que del ánimo se apoderaba. Una mañana bastó para que toda nota de verdor se borrara de aquel paisaje, ya pobre de suyo. Involuntariamente, se pensaba en los paisajes africanos. Y se pensaba también en las almas africanas que poblaban aquella tierra, tan inmediata a Madrid; porque el fuego prendido a las hierbas secas para ahuyentar la plaga, había llegado al soto y hecho presa en un centenar de árboles, ¡un cente-

Los grandes éxitos de MUNDO LATINO

Ramón Pérez de Ayala.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL. Novela admirable, llamada a ser un acontecimiento su publicación.—Seguidamente, las obras completas de este gran maestro.

José Francés.

EL HIJO DE LA NOCHE, novela, digna hermana, por lo interesantísima, de las que tan grandes éxitos proporcionaron a su autor, ilustre académico: *La mujer de nadie*, *La raíz flotante* y tantas otras.

Si quiere usted leer libros de grandes autores, compre siempre los de MUNDO LATINO

Apartado. 502.—MADRID

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

LOS TRANVÍAS DE BARCELONA (S. A.)

PRONTO será la ciudad condal, si continúa la marcha progresiva de su industria y urbanización, emprendida con tanta fe desde que terminó la gran guerra, una de las principales capitales de Europa; el deseo de engrandecerla está en el ánimo de todos los catalanes, que con su entusiasmo contagian al resto de España, que ve con gusto el desarrollo que adquiere, de día en día, la hermosa capital catalana, y hasta hacen que el capital, tan retraído en otras regiones para la explotación de industrias, se vierta en las de Cataluña sin reparo alguno a ciertas campañas que, más que beneficiarla, la perjudican.

Una de las nuevas reformas que más llaman la atención del forastero, y que por su innovación merecen ser conocidas del público, son, entre otras, la construcción del Metropolitano, del que nos ocuparemos oportunamente, y las realizadas por los Tranvías de Barcelona (S. A.).

Todo elogio es poco para enaltecer el esfuerzo y celo que en la marcha de esta Empresa ponen las ilustres personalidades encargadas de su administración y dirección, y aunque omitamos los nombres de los señores que constituyen la Sociedad, no por eso hemos de dejar de reseñar, aunque sea a vuelo de pluma, las reformas llevadas a cabo en la explotación de los tranvías, que demuestran los deseos de la Compañía para ponerla al corriente, ya que con motivo de la guerra europea le fué imposible, en vista de las innumerables dificultades con que tropezaba, adquirir el material necesario para la construcción de los coches-motores.

Ha comenzado ya sus reformas, dotando a Barcelona de un nuevo servicio de tranvías, que, como puede verse por las fotografías que de ellos insertamos, son un nuevo tipo de coches muy parecidos a los de París. Según manifestaciones de una personalidad de la Empresa, ésta tiene el propósito de poner al servicio del público, en el corto plazo de año y medio, 200 coches-motores y 50 remolques. De los primeros, 100 serán de ocho ruedas, con una capacidad para transportar cómodamente 111 personas en cada uno, y aparte de estar



El primer coche que hizo el recorrido de Plaza Urquinaona a San Andrés

dotados de todo el confort necesario, tienen la ventaja de que con ellos se evitarán muchas desgracias, toda vez que los viajeros no podrán descender ni ascender al tranvía sin que éste esté completamente parado. Mientras el coche está en marcha, las puertas, que cierran automáticamente, no pueden abrirse, y también con este tipo de coche se evitará el vergonzoso espectáculo de que los viajeros se cuelguen en los topes de los vehículos.

Estos coches, que ya han inaugurado el servicio de San Andrés a Barcelona y regreso, seguirán prestándolo, según se vayan construyendo, en las líneas interurbanas.

El número de viajeros que los tranvías transportan al cabo del año pasa de 250 millones, y como en algunas líneas era enorme la aglomeración de pasajeros, la Empresa solicitó del Ayuntamiento de Barcelona licencia para establecer un servicio de autobuses, lo que el Concejo rechazó, por perjudicar este nuevo servicio, que tanto beneficia a los catalanes, a una Empresa análoga.

defendida, al parecer, por algunos concejales, resolución que hace dos meses rebatió el gobernador civil, autorizando a los Tranvías de Barcelona para la implantación de este nuevo servicio.

A pesar de ello, los ediles continúan su labor de odio, combatiendo a los autobuses de los Tranvías de Barcelona, condenándoles con fuertes multas, dándose el caso de haberles impuesto en un solo mes 19.500 pesetas por el solo hecho de parar los vehículos en las calles de la ciudad para descender los viajeros.

Para la reparación y construcción de los tranvías cuenta la Empresa con once depósitos, y dentro de pocos días darán comienzo las obras del duodécimo, que tendrá una capacidad para más de 250 coches.

Los talleres son, sin duda alguna, unos de los mejores de Europa, y están valorados en más de siete millones de pesetas.

Hasta la fecha suman 42 las líneas de servicio de tranvías ordinarios, pasan-

do en algunas, como en las Ramblas cada dos minutos un coche, y en plazo muy breve quedará lista la nueva línea de la calle de Muntaner.

En beneficio de los empleados, que pasan de 3.000, existen, creadas por la Compañía, unas Cajas de pensión para la vejez, Montepío para enfermedades y Cooperativa de suministros, estando, como es natural, todos estos organismos administrados por los mismos obreros, con la garantía de la inspección a cargo de la Empresa.

Este año, siguiendo la costumbre de los anteriores, fueron sorteados el día de Reyes, entre los hijos de los empleados, numerosas libretas del Monte de Piedad, de 100 pesetas. Atención que la Compañía tiene con su personal y que pone de manifiesto el proceder, todo altruismo, que constantemente muestra por los suyos, al par que sirve de estímulo para quienes en el cumplimiento de sus deberes ponen en juego todos sus esfuerzos.

Y es que la organización de esta poderosa entidad es tan perfecta, que puede citarse como modelo de cuantas actúan en España, pudiendo competir en seriedad con las más famosas de Norteamérica.

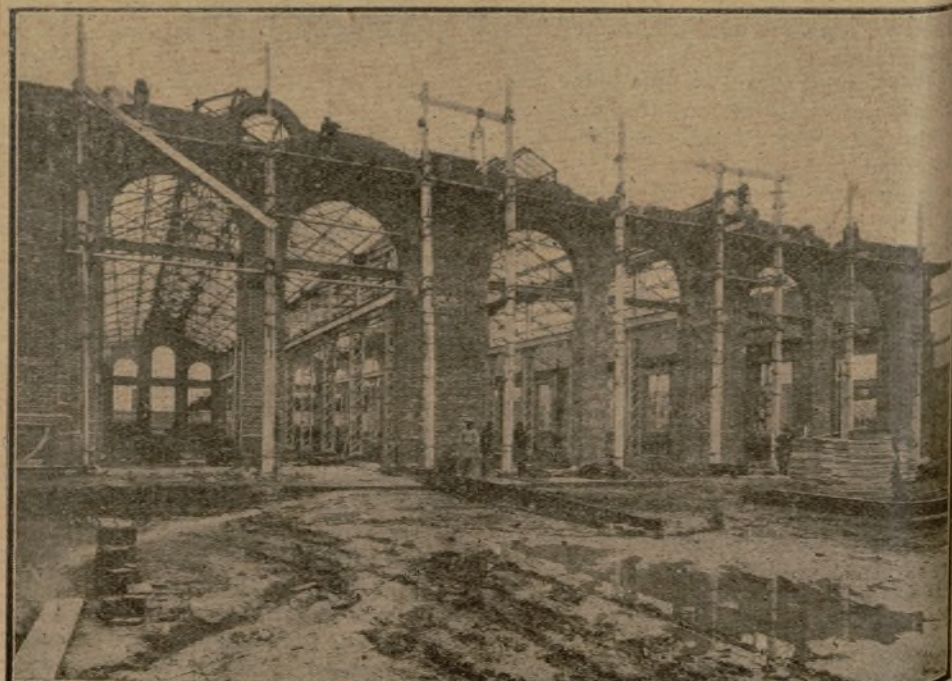
De su manera admirable de funcionar es prueba inequívoca la renovación que actualmente está haciendo del material fijo, cambiando las vías en muchos kilómetros y ampliando las que ya existen, en beneficio del público, de tal suerte, que próximamente se llevará a efecto cualquier recorrido en brevísimo espacio de tiempo.

El incremento y las necesidades del negocio son tales, que se han visto obligados a adquirir un nuevo inmueble donde ampliar el servicio de oficinas. Este nuevo local se halla situado a continuación del que poseen en la Ronda de San Antonio, esquina a Campo Sagrado.

Y para que nada falte, que desentona del proceder democrático que en todo momento les inspira, los obreros, tanto los de vías y obras como los de conducción, inspección y cobro, gozan de la jornada máxima de ocho horas.



Vista interior de uno de los nuevos coches-motores



Los nuevos talleres en construcción de los Tranvías de Barcelona (S. A.)